

Graff, Gerald. *Professing Literature: An Institutional History*. [Enseñar la Literatura: La Historia de una Institución.] Chicago: University of Chicago Press, 1987. 315 págs.

El "lector ideal" del libro de Graff parecería ser el profesor de literatura en el campo académico. A ese lector, *Enseñar la Literatura* le ofrece una de esas revelaciones sorprendentes por su sencillez: le obliga a abrir los ojos sobre su propio mundo profesional, ese mundo que lo contiene tan íntimamente que a veces se vuelve invisible como si fuera una segunda piel. Al leer a Graff, salimos de repente de ese contexto conocido para mirarlo desde afuera, experiencia que resulta muy estimulante.

La obra pretende ser una historia de la literatura como carrera académica en Estados Unidos entre las primeras décadas del siglo XIX, cuando todavía predominaban las lenguas clásicas, hasta el crepúsculo de la *New Criticism* en los años 60, donde encontramos las semillas de nuestras controversias contemporáneas sobre teoría literaria. Se muestra aquí cómo poco a poco la literatura en lenguas modernas fue estableciéndose como disciplina académica, con objetivos propios. La idea central del libro es que este proceso fue problemático, por la misma naturaleza de la materia y el estatus social que tenía en la Norteamérica del siglo XIX. Inicialmente, o servía como materia prima en los cursos de gramática y retórica, al igual que las lenguas antiguas, o se disfrutaba fuera de la academia, como una forma de ocio socialmente valorado, cuya función implícita era la socialización de las clases altas. En ambos casos, no era preciso definir un campo específico llamado "literatura", pues no se tomaba la experiencia estética como objeto de estudio. A partir de los años 1830, en cambio, la literatura empezó a convertirse en una carrera académica para un público cada vez más amplio, en condiciones cada vez más democráticas. Se acabó entonces el consenso implícito sobre lo que era la experiencia literaria, y resultó necesario "organizar" la literatura en función de objetivos pedagógicos. *Enseñar la Literatura* nos propone un recorrido de las principales etapas de ese proceso de organización.

La llamada posición "humanista", que predomina en las universidades norteamericanas hasta finales del siglo XIX, considera que la literatura es autosuficiente, y que no necesita explicaciones. Al contrario, hay que "liberarla" de cualquier superestructura histórica o conceptual, para poner al estudiante "en contacto directo" con ella. El primer ataque contra esta posición viene de los investigadores, en general formados en universidades alemanes, y partidarios de la investigación científica. Principalmente filólogos, fueron la vanguardia de la profesionalización en las universidades norteamericanas en las últimas décadas del siglo (la *Modern Language Association*, cuyo primer congreso tuvo lugar en 1883, fue originalmente una asociación de profesores de lengua, no de literatos). El principal producto de este proceso de modernización fue la universidad Johns Hopkins, fundada a comienzos de los años 1870 según el modelo de las grandes universidades europeas. La prioridad que dio a la investigación, las publicaciones, los programas de postgrado, fue un ejemplo para las universidades de Harvard, Yale, y luego la de Chicago (fundada en 1892).

Teóricamente, los investigadores se inspiran en un ideal de la filología heredado de los románticos, e influenciado por la historiografía de Hippolyte Taine: es decir, pretenden buscar una visión totalizadora de cada cultura en su lengua, su historia, su geografía, su mitología... En la práctica, estudian la literatura moderna como si se tratara de una lengua muerta, poniendo énfasis en la acumulación de datos "objetivos", esencialmente filológicos. Al final del siglo, el paisaje académico está polarizado en dos posiciones opuestas: la de los filólogos, o "especialistas", muy rigurosos, pero quienes limitan sus investigaciones a datos periféricos (como etimologías o información editorial), sin pretender interpretar el hecho propiamente literario; y la de los "generalistas", quienes buscan interpretar los textos, pero de forma todavía muy subjetiva. La confrontación de las dos posiciones producirá al menos un intento de autocritica en la carrera literaria entre los años 1890 y 1915.

Al mismo tiempo, está esbozándose un canon de la literatura occidental, como consecuencia de la instauración de exámenes de

admisión en los años 1890: las listas de lectura para esos exámenes se volverán poco a poco los textos canónicos de las décadas siguientes.

La crítica literaria fue inicialmente percibida por muchos como un puente posible entre los generalistas y los especialistas, aunque a más largo plazo resultara una fuente de conflictos aun más agudos. A finales de los años 1890, ya está formulado lo que iba a ser el programa de la *New Criticism*: la búsqueda de la ley interna de la obra y el rechazo de la biografía, la filología, la historia literaria. Pero faltan herramientas teóricas, y la crítica sigue apareciendo como una actividad impresionista y subjetiva, disociada de los “hechos” objetivos. Sin embargo, la solución al divorcio entre explicación del texto literario y acumulación de “hechos” parece estar del lado de la crítica: la interpretación podría ser el principio dinámico que reviviría la investigación especializada. Pero esto sólo podía ser el caso si los críticos lograban rivalizar con el rigor científico de los investigadores: de allí el nacimiento y el auge de la *New Criticism*, que pretendía aislar la literatura de los otros discursos sociales y así elaborar instrumentos de análisis que pudieran dar cuenta de lo específico del texto literario. Al mismo tiempo, con la expansión de la academia y su apertura a poblaciones estudiantiles con un bagaje cultural cada vez menor, se requería de una pedagogía simplificada, basada en la lectura detallada del solo texto, separado de su contexto cultural. En la segunda generación de Nuevos Críticos, más que en la primera, esto se traduce en un formalismo que le niega toda función social a la literatura, en parte como reacción a un contexto socio-histórico particular: el del nazismo y del estalinismo, que vuelven potencialmente cuestionable la crítica ideológica. En este contexto nace la Kenyon School of English (en 1948), con financiación de la Rockefeller Foundation, y con el objetivo explícito de formar profesores y críticos en la nueva metodología. A pesar de un abanico inicial de enfoques bastante amplio, la escuela resultará favoreciendo una línea formalista monolítica.

De allí una nueva polarización: por un lado, una crítica explicativa rigurosa pero cerrada, que constituye un “sistema” fácilmente aplicable a los textos del canon, y fácilmente transmisible en el salón de clase; por otro lado, una crítica cultural más abierta, pero poco precisa.

La noción de un "canon" occidental de grandes obras se fue consolidando con el movimiento para la educación general que se desarrolló en los años 30, y se institucionalizó después de la Segunda Guerra Mundial. Nació del anticomunismo de la posguerra: se soñaba con crear el consenso social, político y nacionalista alrededor de una concepción norteamericana y capitalista de la sociedad (una sociedad anglo-sajona, por supuesto), a través de la educación universal, basada en la fe en una gran tradición de valores universales representada por las grandes obras. En esa perspectiva, el contexto histórico y cultural de esas obras era percibido como irrelevante y hasta nocivo (por ser particular, y ya no universal). Las técnicas de análisis textual elaboradas por la *New Criticism* iban entonces a salvar la "tradición literaria" y el sentido de la obra, preservándolos de la historia.

Desafortunadamente para esta posición, el contexto histórico forma parte del sentido de todo texto literario, lo que genera una nueva oposición, entre la historia literaria y la crítica, en los años 1940-1960. Los historiadores atacan la perspectiva a-histórica de los críticos, mientras estos últimos acusan a los historiadores de subordinar el texto literario a preocupaciones no literarias, convirtiendo las obras en documentos históricos. En realidad, los dos enfoques deberían haber sido complementarios, y se irían acercando mutuamente en las décadas siguientes. Pero en el momento la oposición parecía insuperable, en parte porque los mismos Nuevos Críticos tenían una concepción demasiado limitada y anecdótica de la historia, concebida como "tela de fondo" de la literatura, y no como uno de sus principios de funcionamiento. Pensaron que garantizaban la universalidad de la obra al quitarle todo contexto biográfico e histórico. Según Wellek, por ejemplo, reconstruir las intenciones originales de un autor, aunque fuera posible, significaba perder la posibilidad de un diálogo verdadero entre pasado y presente, entre el texto y el lector actual. Según los historiadores (cuya posición Graff parece apoyar), para tener un diálogo, se necesitan dos interlocutores: es decir, se necesita poder identificar cada uno de ellos, reconstituyendo la voz original de la

obra. Y los mejores historiadores siempre estaban conscientes de que toda reconstrucción del pasado es hipotética y cuestionable. Pero la mayoría de los historiadores no tenían fundamentos teóricos suficientemente elaborados para rivalizar con el discurso de los críticos. Sigue entonces el conflicto latente entre interpretación moderna (y a-histórica) y búsqueda por recuperar el contexto y el significado original de las obras. Al final de los años 60, sin embargo ese antagonismo está ya completamente ocultado por la distribución del departamento en campos de investigación, herméticos los unos a los otros, desperdiciéndose esa ocasión para definir y explotar divisiones ideológicas.

Mientras tanto, la interpretación literaria inaugurada por la *New Criticism*, que había sido inicialmente tan innovadora, se iba reduciendo poco a poco a una rutina, basada en presupuestos a priori y estrategias analíticas que funcionaban de manera tautológica y previsible para cualquier texto. Con los años 60, empezaron los ataques contra los estudios literarios por su hermetismo y falta de relevancia política, y la *New Criticism* fue acusada de ser simplemente otra forma de dominación tecnológica. Aparecía como una actividad evasiva frente a los problemas sociales, o peor, manipuladora. De allí nació, por ejemplo, el deconstructivismo. Pero muy pronto, la subversión se volvió a su vez una rutina: el deconstructivismo terminó cayendo en la misma tentación de la validación tautológica, imponiendo a los textos esquemas prefabricados y conclusiones a priori.

Según el autor, el principal punto donde todas las corrientes contemporáneas se podrían encontrar, es en el reconocimiento de que el texto no es una unidad autónoma, y que su comprensión depende de contextos textuales y discursivos, de otros textos y de situaciones externas al texto, es decir que toda obra forma parte de lo que algunos hoy en día llaman el "texto cultural". La principal esperanza de evitar la mecanización de cada nueva disciplina residiría entonces en el diálogo entre las diferentes corrientes.

Según Graff, los principales problemas de los estudios literarios radican desde el comienzo en el esfuerzo emprendido por organizar

la disciplina como campo académico. La controversia contemporánea entre postmodernistas y “nuevos humanistas” no es sino la forma más reciente de la antigua lucha entre quienes querían una disciplina moderna, especializada, “científica”, y quienes protestaban que tal profesionalización deshumanizaba la literatura y la alejaba de sus verdaderas metas éticas y culturales. Ese desacuerdo, en vez de plantearse abiertamente y alimentar así el debate académico sobre los orígenes y objetivos de la disciplina, fue escamoteado con la división de los departamentos de literatura en campos especializados (“Romanticismo”, “Novela británica del siglo XIX”, “Dramaturgia isabelina”...). Ello permitía a cada especialista evitar conflictos ideológicos embarazosos con sus colegas (en cuyo campo no tenía por qué aventurarse), y permitía que los departamentos presentaran un frente aparentemente unido delante del público, en particular el público estudiantil. Pero también le negaba cualquier unidad orgánica a la literatura, y le quitaba sentido a la experiencia literaria en el aula, tanto para el profesor como para el alumno, que no encontraba una relación pertinente de las múltiples especialidades entre sí, y de la literatura con su propia realidad. La conciencia de ese vacío sería una causa de la agudización contemporánea del debate teórico, que Graff considera un fenómeno fundamentalmente sano: sin teoría, no hay reflexión sobre la literatura, y sin esa reflexión, el estudio de la literatura se vuelve una práctica mecánica, incapaz de suscitar la adhesión del público estudiantil.

Según juicio del autor, se nos está presentando ahora la oportunidad de involucrar al estudiantado en el debate sobre los problemas de la literatura como disciplina, y de integrar ese debate al mismo proceso de la enseñanza, dando a la práctica de la literatura en el campo académico una nueva y muy necesaria vitalidad. No cabe duda que el trabajo del mismo Graff constituye una contribución clave en ese sentido.

Patricia Simonson
Profesora Departamento de Literatura
Universidad Nacional